

Arturo Torres Rioseco

El caso de Edgar Allan Poe en la literatura hispanoamericana



EDGAR Allan Poe es un gran poeta. Aunque parezca superfluo, hay que hacer esta afirmación, ya que la mayor parte de las obras dedicadas al autor de *The Raven* son de carácter erudito y estadístico, lo que equivale a decir que son muy pocos los críticos que se atreven a sondear su genio poético. Poe es un gran poeta porque es un poeta puro, capaz de crear belleza,—no filosofía, moral, didáctica,—belleza rítmica, que subyuga el ánimo del lector. La forma de sus poemas tiene los atributos necesarios para cautivar el ojo y el oído, sus temas son esencialmente poéticos y en la manera de desarrollarlos pone la cantidad suficiente de misterio que los hace resistir triunfantes los ataques del análisis y de la nueva sensibilidad. Tenía también Poe un maravilloso sentido de la proporción estética; sus poemas no son ni más largos ni más cortos de lo que debieran ser; la cantidad de emoción le aleja tanto de la sensiblería como de la frialdad; entre tema y forma hay una relación lógica y

bien proporcionada. Una de las críticas más frecuentes que se hace a este poeta es que carece de profundidad. Yo, francamente, confieso que no conozco muchos poemas más profundos que *The Raven*, porque profundidad es para mí ese ambiente metafísico que crea Poe y que la razón no alcanza a penetrar. El poeta, según mi criterio, debe poseer esa gracia alada en el decir que algún crítico ha llamado «el no sé qué», debe ser original y tener una fina sensibilidad, y así se llame Villón, Ronsard, Blake, Keats, Verlaine, Poe o Darío, yo le llamo buen poeta, que para mí vale decir gran poeta. Pero, además, la poesía es un juego de temperamentos y así como a mí no me han gustado nunca poetas consagrados como Pope, Browning, Racine, Hugo, Lamartine, comprendo que haya lectores para quienes Góngora, Rimbaud, Verlaine, Mallarmé, Whitman o Poe sean sólo espíritus decadentes y anormales.

Cierto profesor de la Sorbona dijo una vez que Edgar Allan Poe era más conocido en Francia que en los Estados Unidos. Lo cual puede ser una verdad o una paradoja. De todos modos, Poe ha tenido grandes traductores y comentadores en Francia. La traducción de los cuentos de Poe, hecha por Baudelaire, posee ya una enorme importancia histórica, y la traducción de los poemas hecha por Mallarmé difícilmente podría ser superada; desde el ensayo magistral que dedicara al poeta norteamericano el autor de *Fleur du Mal* hasta el último ensayo de Paul Valery, en que define a Edgar Poe como un precursor de las teorías de Einstein, el

formidable cuentista y poeta ha ocupado la atención de los mejores críticos franceses. Y no sólo lo han comentado sino que su influencia se ha hecho sentir poderosamente en los grandes poetas del Parnaso y del simbolismo, a tal extremo que yo creo que estas escuelas habrían tomado un rumbo diferente si la obra de Poe no hubiera sido conocida en Francia. Sería muy difícil agregar nada nuevo sobre el caso de Poe, en Francia, en tanto que su influencia en otras literaturas europeas es campo virgen todavía. Hasta ayer había habido sólo estudios parciales y fragmentarios sobre el caso de Poe en las literaturas española e hispanoamericana, y éstos únicamente conocidos en los países de habla española. En los Estados Unidos, los críticos que se preocupan de Poe, y que tienen de todo menos de políglotas, ni siquiera sospechaban que existiera en español toda una escuela poeana y que desde México hasta la Argentina una legión de poetas, algunos de los cuales excelentes, se hubieran declarado orgullosamente discípulos del cantor de Ulalume. Pero ya el profesor de la Universidad de Nuevo México, Mr. John E. Englekirk, acaba de publicar un libro en que estudia detalladamente las fortunas del refinado bardo de habla inglesa en la América española y en España.⁽¹⁾

La influencia de Poe se ha ejercido mucho más intensamente en América que en la madre patria. Mien-

(1) Edgar Allan Poe in *Hispanic Literature*. Instituto de las Españas, New York, 1934.

tras que los españoles conocieron a Poe a través del ensayo de Baudelaire y de sus traducciones que llamó *Histoires extraordinaires*, conocimiento en el cual había una extraña mezcla de espíritu baudelairiano y poeano, los poetas de la América española se interesaron antes que nada en el lirida y sólo en raras ocasiones le consideraron grande por sus cuentos de terror y misterio. El hecho de que los poetas modernistas de Hispanoamérica hayan sido más numerosos y hayan poseído una cultura más universal que sus hermanos españoles, explicaría en parte el entusiasmo superior que sintieron por el yanqui y la gran cantidad de traducciones que hicieron de sus poemas. Basándome en esta observación, yo me atrevo a asegurar que si el libro del Dr. Englekirk, en vez de titularse *Edgar Allan Poe in Hispanic Literature* se hubiera llamado *Edgar Allan Poe in Spanish America* habría perdido muy poco, acaso nada, de su valor.

La influencia de Poe en algunos poetas menores de España, como Emilio Carrere y Francisco Villaespesa, es evidente, en el exquisito poeta Juan Ramón Jiménez es demasiado vaga para precisarla; lo mismo se podría afirmar de los otros buenos poetas de hoy, los hermanos Machado, Marquina, Pérez de Ayala. Entre los grandes novelistas de la España moderna los mejores han conocido a Edgar Poe. Pío Baroja ha dicho: «Mis escritores favoritos han sido Dickens, Poe, Balzac, Stendhal, Dostoyewsky y Turguenef» en una visita que Vicente Blasco Ibáñez hizo a la casa de Poe, en Ford

ham, en 1919, dicen que exclamó: «Poe es mi padre literario y espiritual»; Miguel de Unamuno me dijo una vez en París, que de los poetas norteamericanos admiraba en primer lugar a Walt Whitman y a Poe. Y, sin embargo, el temperamento de estos prosistas castellanos es tan distinto del de Poe que yo, antes de atreverme a comentar estas influencias, como lo hace el Dr. Englekirk en su libro, habría dejado que se secara la tinta en mi tintero.

A fines del siglo XIX la América española dió a la lengua sus mejores poetas. De todas partes salían voces de ensueño y de belleza. De la pequeña Nicaragua llegó Rubén Darío, príncipe de los poetas de su raza; en México, Gutiérrez Nájera y Amado Nervo expresan la melancolía indígena de esas tierras; Argentina, más europeizada que las otras naciones del nuevo hemisferio, presenta el caso de dos poetas afrancesados: Leopoldo Díaz y Leopoldo Lugones; Colombia ofrece al nuevo movimiento que se prepara, la obra sutil y profunda de José Asunción Silva, ciudadano del crepúsculo, hermano de Poe, como le han llamado dos escritoras norteamericanas; Cuba tiene su Julián del Casal, adorador de Baudelaire y del Japón; Chile, su Pedro Antonio González, último representante de la bohemia literaria. Estos son los escritores que forman la Escuela Modernista, cuya definición se encontraría en un punto medio entre el parnaso y el simbolismo franceses, porque tanto atiende a la perfección técnica de la forma como a la vaguedad musical de sus emociones. Oficial-

mente, el Modernismo nace en 1888, año en que Rubén Darío publicó su libro *Azul*, y termina por 1915 cuando empiezan a aparecer las primeras manifestaciones de la Vanguardia. En menos de treinta años, entonces, nuestro continente da un empuje y un desarrollo inusitados a la lírica, la liberta de temas prosaicos y formas convencionales, la dignifica depurándola y despojándola del triste regionalismo que tenía en España, para hacerla entrar en la corriente de las literaturas universales. El Modernismo es, entonces, un movimiento hacia el cosmopolitismo. Se engañan los que han dicho que América abandonó la literatura española para buscar su arquetipo en la francesa. Los poetas de esta escuela aprovecharon los pocos elementos que ofrecía la lírica española de su tiempo, entre otros, los versos y la prosa de Bécquer, y si bien es cierto que imitaron a Baudelaire, Verlaine y otros modernos de Francia, no se puede negar que encontraron un gran tesoro en otras literaturas. En la portuguesa, por ejemplo, descubren a Eugenio de Castro, sobre quien escribe Darío un bello ensayo en su libro *Los Raros*; en la norteamericana se asimilan elementos de Walt Whitman y Edgar Allan Poe; en la italiana, de Carducci y d'Annunzio; en la escandinava, de Ibsen; en la alemana, de Nietzsche y Schopenhauer; en la inglesa, de Shakespeare, de los prerrafaelistas de Oscar Wilde.

El Dr. Englekirk estudia detalladamente la influencia de Poe en la América hispana. Su libro consta de quinientas páginas y por ellas atraviesan los nombres

de los poetas mayores del Modernismo: Leopoldo Díaz, Darío, Silva, del Casal, Gutiérrez Nájera, Nervo, Lugones, Jaimes Freyre, Herrera y Reissig, González Martínez. Si se me preguntara qué poetas consideraba yo influidos por el yanqui diría que Silva y Herrera y Reissig, y sólo en *Las montañas del oro*, Lugones. Lo que equivale a decir que el Dr. Englekirk y yo tenemos un concepto diferente de lo que significa la influencia literaria. Según mi criterio, existe ésta cuando dos poetas despiertan en el lector el mismo sentimiento de belleza, iguales emociones, siendo de distinta raza, como en el caso Poe-Baudelaire; o cuando hay una similitud constante de temas poéticos, sobre todo si son temas objetivos, como sucede en *Las fêtes gallantes* de Verlaine y *Prosas profanas* de Rubén Darío; o cuando un poeta sigue muy de cerca los recursos de técnica literaria favoritos de otro, como hace Lugones en *Las montañas del oro* con respecto a Poe. Así entendidas las cosas no se puede negar que Herrera imita frecuentemente al autor de *Annabel Lee* en la parte formal y en el ambiente de sus poemas y que en *Día de Difuntos* y *Nocturno de Asunción* Silva siente el lector el mismo temblor estético y observa los mismos procesos técnicos que en *The Bells*, *To Helen*, *Ulalume*, etc.

Para el Dr. Englekirk basta que un escritor mencione el nombre de Poe para ver en ello una simpatía literaria, o que evoque lánguidamente a *Eulalie*, *Lenore*, *Ligeia*, para que descubra un caso evidente

de influencia. Por este camino puede irse demasiado lejos,—probablemente hasta la invención del paraguas—y es muy probable que se pudiera demostrar que todos los poetas modernos han sido influídos por Dante, Shakespeare o Goethe. Tomemos, para precisar, el capítulo dedicado a Rubén Darío. Para el doctor Englekirk no cabe duda de que el nicaragüense ha seguido de cerca al norteamericano, lo suficiente para dedicar al problema un largo capítulo. Entre otras cosas dice: «En el precioso mosaico del arte de Darío hay mucho que, consciente e inconscientemente ha sido imitado de Poe». Habla luego de la hiperestesia de ambos escritores, del horror de Darío por lo sobrenatural, de su interés por las ciencias ocultas. Verdad es que Darío escribió un ensayo sobre Poe y que sentía por él una verdadera admiración, pero, a pesar de la similitud de temperamento que pueda haber entre ambos, hay en su poesía un abismo de diferencia. Poe es complicado, metafísico, vago; Darío es todo sencillez, precisión, realismo. Poe es un poeta abstracto; Darío es fundamentalmente concreto. Poe tiene cierta obscuridad nórdica; Darío es todo claridad latina. El hecho de que Darío haya escrito a raíz de una lectura de Poe un hermoso recuerdo de su esposa muerta, empapado de emoción poeana, no indica una predisposición especial de imitación, sino que es un capricho pasajero que no se vuelve a repetir. En poetas como Gutiérrez Nájera, Jaimes Freire y Gonzáles Martínez, el influjo de Poe

es tan vago, tan intangible, que casi no vale la pena comentarlo.

Lo más acertado del libro del Dr. Englekirk es la parte que se refiere a las influencias de Poe en la prosa de tres grandes escritores de cuentos hispanoamericanos; Amado Nervo, Horacio Quiroga y Rafael Arévalo Martínez. Lo más acertado, porque el autor no ha tenido que torturar su cerebro en búsquedas difíciles, cuando no imposibles, sino que ha puesto el dedo en el problema inmediatamente. Horacio Quiroga, el primer cuentista de lengua castellana de nuestros días, es un desenfrenado admirador de Poe. En sus cuentos de horror y de muerte imita al yanqui y exagera la plana. Quiroga ha confesado desde su juventud que su gran ideal de artista es llegar a la grandeza trágica de Poe. Amado Nervo me comunicó en Nueva York, en 1918, que se había leído a Poe infinitas veces y que se sabía de memoria varios de sus poemas. En sus cuentos el influjo del maestro es evidente. Lo mismo puede asegurarse de Arévalo Martínez. En sus cuentos se echa de ver la técnica de Poe, en su vivisección del pensamiento, su análisis de la subconsciencia, su temperamento mórbido y su atracción del misterio. El mismo Arévalo Martínez ha confesado su gran afecto por la literatura poeana.

Expuestas ya algunas diferencias de opinión es hora de decir que el libro del Dr. Englekirk es uno de los trabajos más serios de literatura comparada que hayamos visto en estos últimos años en el campo de la produc-

ción americana. El autor se ha documentado copiosamente y ha mantenido siempre una actitud crítica de absoluta imparcialidad. El Dr. Englekirk debe de haber dedicado varios años a la preparación de esta obra, ya que la cantidad de libros, revistas y periódicos consultados es enorme. El especialista en literatura hispanoamericana sabe lo que esto significa; no se trata de estudiar la literatura de un país sino de veinte países, cuyas bibliotecas son de difícil acceso, cuyas revistas han sido de vida muy breve, cuyas librerías son pobrísimas. Agréguese a esto el hecho de que muchos de los libros usados por este autor se han agotado hace ya mucho tiempo y que es punto menos que imposible obtenerlos desde los Estados Unidos. El Sr. Englekirk ha dejado palpablemente demostrado que la influencia de Poe existe en el Modernismo hispanoamericano. Si ha pecado, lo ha hecho no por falta de datos sino por superabundancia de ellos. Por muchos años, la mayor parte de nuestra crítica venía repitiendo que Edgar Poe debía ser considerado como uno de los precursores de nuestro renacimiento poético; estaba reservada a un profesor norteamericano la demostración de este problema. Este libro viene a señalar nuevos caminos a los eruditos que se dedican a estos estudios: quedan por estudiar las influencias de d'Annunzio, Oscar Wilde, Walt Whitman en el Modernismo y muy en especial en el poeta más grande de esta escuela, Rubén Darío.